

Poetas puertorriqueños

Evaristo Ribera Chevremont

I

=Envío del autor=

Valores de incomprensión

Ningún poeta puertorriqueño ha alcanzado tan altos valores de incomprensión como Evaristo Ribera Chevremont.

Celui-qui-ne-comprend-pas — el tipo que atisbara Remy de Gourmont — tiene una prolífica descendencia en nuestro suelo, que a los caracteres apuntados por el crítico francés, suma nuevas modalidades, en íntima correspondencia con el medio indocto en que actúa.

En el ejemplar nuestro ya no se trata de mera incapacidad para advertir el matiz inédito, y captar la emoción virgen; no se trata de simple testarudez mental ni de una actitud refractaria a todo vuelo desacostumbrado. En él concurre una visión obsoleta de la vida del espíritu, una hostilidad declarada a todo evento que tuerza el ritmo apacible de su existencia, una ignorancia total del exótico acontecer, una fe irrazonada en las instituciones tradicionales, no por su contenido de vitalidad permanente, sino por su alcance pragmático, por su sentido de economía, que le ahorra la fatiga de abrir nuevas brechas y la tortura de hacer inquisiciones rectificadoras: tipo de elementos estáticos, de sensibilidad endurecida, de ideología a flor de tierra, de horizontes cerrados por el monte vecino.

¿Qué obra de nuevo aliento logrará sacudir sus cordajes emotivos? Su alma sólo conoce los senderos tradicionales; aprendió una sola canción, añosa de recuerdos íntimos; no vió más río que el de su patria ni supo de otras gestas que aquéllas relatadas por el abuelo cordial en las tertulias vespertinas. Deambuló por las callejas tristes de su isilla y, a la sombra de los rojos flamboyanes de la aldea, envejeció su alma prematuramente, dió a su vida un ritmo de angustiosa marchitez, apagó su sed de alturas, halló contento en el fluir pausado de las cosas sabidas y escudó la molicie de su existencia cotidiana en una incomprensión total contra lo que implique reajuste de valores. En religión, en estética, en política y en economía, espigó dogmas defensivos. Luego cerró mente y corazón a toda nueva luz, a toda ruta inhollada, a toda voz desconocida, a toda emoción inédita. Tal el ciudadano típico de nuestra república literaria.

¿No es razonable, pues, que, en escenario tan indócil a la originalidad, resulten incomprensidos los escritores que, como el autor de *Pajarera*, ponen su más alto empeño en abrir nuevos caminos a la emoción, en descubrir fuentes insospechadas de belleza, en realizar un arte desligado de las trabazones al uso, en dar nuevas dimensiones de profundidad a los valores tradicionales de la poesía?

Libros de la primera época

A fines de la primera década del presente siglo se inicia Evaristo Ribera Chevremont en la vida literaria. Ingresa en las filas del modernismo—movimiento que en aquella época daba la pauta en nuestro país a los espíritus de inquietudes renovadoras—y su esfuerzo primigenio alcanza permanencia en *Desfile Romántico*: libro inicial en que, a flor de páginas, se advierte el rudo batallar de dos tendencias: la ideología conservadora, formada al calor de las lecturas, y el temperamento del poeta, anheloso de expresarse libremente. El soneto—forma poética de abolengo clasicista—ocupa allí lugar prominente, pero ya ha perdido la rigidez antigua y se ha remozado en acentos, rimas y valores de expresión. Dos o



Ribera Chevremont

tres de aquellos sonetos figurarán en la antología futura en que el poeta compile sus trabajos selectos.

El Templo de los Alabastros, (Ediciones Ambos mundos, Madrid, 300 páginas) es obra de madurez. Logra la belleza en formas de inconfundible aliento y certera visión. Han desaparecido los titubeos de la primera hora, las incertidumbres del libro inicial. La personalidad del poeta adquiere lineaciones definidas. Plasma un verso desligado, en más de un aspecto, de los tópicos ambientes: amor, patria, criollismo.

Al concluir esta primera etapa de su evolución lírica que llamaremos *modernista*—expresión de tan arbitrario sentido como todas las denominaciones genéricas que pretenden definir un espíritu creador—Ribera Chevremont ha enriquecido su ciclo temático, ha ahondado su visión lírica, posee una técnica esmerada, logra una poesía de vigorosa emoción, y define su concepto estético en estas claras palabras de plural sentido. "Amo una belleza: la que tienen todas las cosas. Sigo una poesía: la que da la emoción exacta de las cosas... Busco un fin; escribir libros fuertes en la Idea y en la Emoción, dirigiendo mi Espíritu hacia la Vida y hacia la Naturaleza..."

Nuevos rumbos

Se encontraba nuestro poeta en España.

El ultraísmo—expresión española de los movimientos literarios de vanguardia que, si en aliento arrancan de Walt Whitman y, más tarde, del futurismo de Marinetti, en objetividad y concreción estética derivan del espíritu innovador de la post-guerra—el ultraísmo dominaba la conciencia lírica de la nueva generación española con su profundo reajuste de los valores estéticos. Se desplazaba la anécdota. La metáfora adquiría significación suprema. Renunciaba la emoción a sus viejos prestigios sentimentales para sumarse nuevos contenidos de recia intelectualidad. El verso—sin rimas, sin los clásicos acentos de la lírica castellana—se acogía a ritmos de más ancha musicalidad. Motivos que la vieja estética calificó de prosaicos o ignoró totalmente—audacias de la mecánica; superaciones técnicas, avances de las ciencias experimentales, universalismos—ocupaban preferentemente la atención de los poetas de vanguardia. Aquella actitud implicaba una renovación fundamental de valores *formales* y valores *esenciales*. Contenido y expresión adquirirían nuevas dimensiones de belleza.

Ribera Chevremont—espectador inteligente de aquella empresa de remozamiento—abre su espíritu a la nueva ideología poética, sacia en aquella tendencia sus anhelos de originalidad y, sin afiliarse cerradamente a sus postulados, toma los elementos dinámicos de la literatura de vanguardia y emproa su verso por nuevos derroteros.

A su regreso de España, realiza nuestro poeta un empeñoso esfuerzo de divulgación de los nuevos módulos. Pone al servicio de la causa, no sólo el verso—ejemplo en vivo—sino la prosa; una prosa de entusiasmos sonoros, de recio batallar contra la vieja lírica, de alientos fervorosos, ennoblecidos por un fecundo ideal de renovación. Si carente de rigor científico, de sistematizada doctrina estética y de claridad expositiva, animaba aquella prosa un elevado intento de sacudir el tradicionalismo reaccionario de nuestra literatura, mostrando sus flaquezas, su rutinario aferramiento a tópicos gastados, su sujeción a normas en desuso y, al mismo tiempo, la inspiraba el anhelo de señalar las posibilidades emotivas del experimento vanguardista.

La labor en verso—generosa y estimulante—alcanza tal amplitud cuantitativa que, en más de una circunstancia, aminora el poeta los quilates de la producción por ofrecer casi a diario la nota nueva, la metáfora de inédito sentido, el poema de original empeño. Acaso para hacer más patente el tránsito al nuevo módulo expresional—conscientemente—acentúa, a ratos, procedimientos de discutible valía estética; tal la repetición de palabras y frases líricas.

En un breve período de cuatro años escribe Ribera Chevremont poemas que rebasarían los límites de más de diez volúmenes. Recientemente, ha editado *Los Almendros del Paseo de Covadonga*, *La Hora del Orífice* y *Pajarera*.

•II

Libros marginales

Los Almendros del Paseo de Covadonga y *La Hora del Orífice* no responden a su estética de vanguardia. Concebidos al calor de la vieja ideología poética, pudiera pensarse que el artista abandona las izquierdas en busca de más dilatada comprensión. Quienes—acaso por ignorancia de la nueva técnica o por incapacidad interpretativa—tildaban ayer sus versos de gongórica oscuridad y hasta le negaban toda valora-